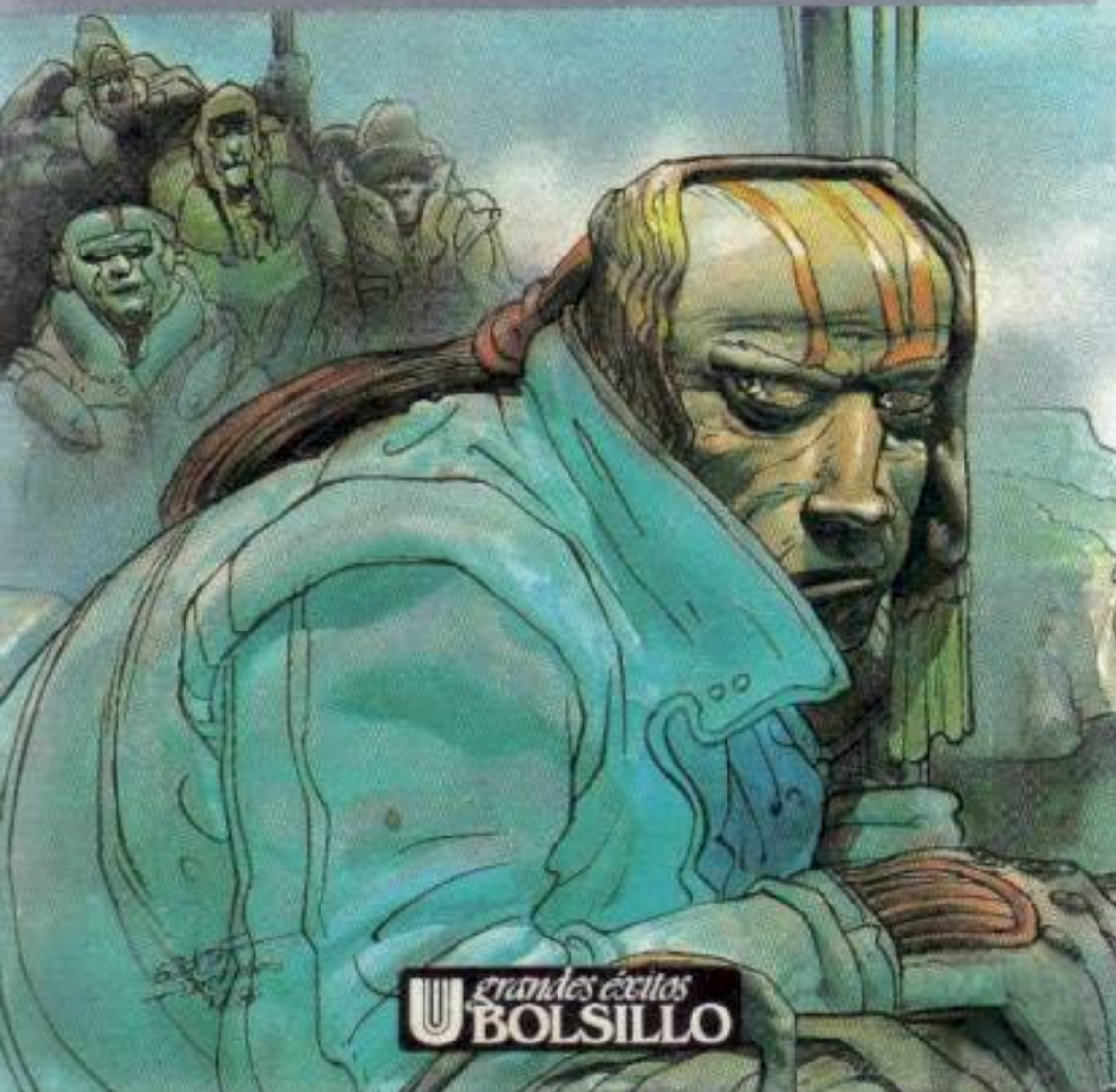


Jack Vance

# LA SAGA DE CUGEL

Una nueva incursión al mundo melancólico, mágico y apasionante de la Tierra en sus últimos momentos de vida.



**U** *grandes éxitos*  
**BOLSILLO**

Aunque escrita más de diez años después de su antecesora, *Los ojos del sobremundo*, *La saga de Cugel* retoma a su héroe, Cugel el Astuto, en el mismo momento y lugar donde lo dejó al final del libro anterior: varado por segunda vez en una lejana playa septentrional, odiando más que nunca a Lucounu, el Mago Reidor, y deseoso de emprender de nuevo, y más que nunca su venganza. Para ello tendrá que iniciar de nuevo el periplo que lo lleve de vuelta a Almey. Pero eso no arredra a un hombre del ingenio y la astucia de Cugel. Cruzando tierras desconocidas; actuando según se presente como ladrón de escamas mágicas, sanador de gusanos gigantes, capitán de una tripulación de coléricas mujeres; avanzado etapa a etapa, intenta, una vez más, el regreso a sus orígenes. Y, por el camino, encontrará a otros cuatro magos, víctimas también del Mago Reidor, y ansiosos como él de vengarse de Lucounu...

*Donde prosiguen las aventuras  
de Cugel el Astuto, iniciadas en  
«Los ojos del sobremundo».*

Libro Primero

**DE LA COSTA DE SHANGLESTON A  
SASKERVOY**

## 1

## Flutic

luconu (conocido en toda Almetry como «el Mago Reidor») había gastado a Cugel una de sus más hirientes bromas. Por segunda vez, Cugel había sido llevado por los aires, arrastrado hacia el norte a través del Océano de los Suspiros, y dejado caer sobre aquella melancólica playa conocida como la costa de Shanglestone.

Cugel se puso en pie, se sacudió la arena de su capa y se ajustó el sombrero. Estaba a menos de veinte metros del lugar donde había sido dejado caer la primera vez, también a instancias de luconu. No llevaba espada, y su bolsa no contenía ningún terce.

La soledad era absoluta. No podía oírse ningún sonido excepto el suspirar del viento entre las dunas. Muy hacia el este un impreciso promontorio penetraba en el agua, al igual que otro, muy remoto también, hacia el oeste. Al sur se abría el mar, vacío a no ser por el reflejo del viejo sol rojo.

Las heladas facultades de Cugel empezaron a descongelarse, y toda una sucesión de emociones, una tras otra, se dejaron sentir en su interior, con la furia dominando a todas las demás.

luconu debía estar gozando ahora plenamente de su jugarreta. Cugel alzó el puño derecho y lo agitó hacia el sur.

—¡Iucounu, esta vez te has pasado! ¡Esta vez pagarás por lo que has hecho! ¡Cugel promete venganza!

Durante un tiempo caminó arriba y abajo, gritando y maldiciendo: una persona de largos brazos y piernas, con lacio pelo negro, mejillas hundidas y una fruncida boca de gran flexibilidad. Era media tarde, y el sol, a mitad de camino ya hacia el oeste, se arrastraba por el cielo como un animal enfermo. Cugel, cuya principal virtud era ser práctico, decidió posponer el resto de sus maldiciones; lo más urgente ahora era hallar un abrigo para la noche. Apeló a una última maldición que arrojó brasas encendidas sobre la cabeza de Iucounu, luego echó a andar sobre los guijarros y trepó a la cresta de una duna para mirar en todas direcciones.

Al norte, una sucesión de marismas y bosquecillos de alerces negros se perdía en la oscuridad.

Cugel se limitó a lanzar una fugaz mirada hacia el este. Allí estaban los poblados de Smolod y Grodz, y la gente tenía buena memoria en la región de Cutz.

Al sur, inmóvil y lánguido, el océano se extendía hasta el horizonte y más allá.

Al oeste, la orilla se dilataba hasta lo lejos para unirse con una línea de bajas colinas que penetraban en el mar, formando una especie de promontorio. Un destello rojizo parpadeó en la distancia, y Cugel sintió inmediatamente atraída su atención.

¡Un destello como aquel solamente podía significar la luz del sol reflejada en un cristal!

Cugel marcó la posición del destello, que desapareció de su vista cuando el sol varió de posición. Bajó la cara de la duna y echó a andar a buen paso a lo largo de la playa.

El sol se ocultó tras el promontorio; una penumbra gris lavanda se extendió sobre la playa. Un brazo de aquel enorme bosque conocido como el Gran Erm descendía desde el norte, sugiriendo un cierto número de siniestras

posibilidades, y Cugel aceleró el paso a largas y rápidas zancadas.

Las colinas se recortaban negras contra el cielo, pero no se veía ninguna señal de presencia humana. El desánimo se apoderó de Cugel. Siguió avanzando más lentamente ahora, escrutando con cuidado el paisaje, y al fin, con gran satisfacción, llegó a un amplio y elaborado edificio de diseño arcaico, escudado tras los árboles de un descuidado jardín. Las ventanas inferiores resplandecían con una luz ámbar: una visión alegre para un vagabundo sorprendido por la noche.

Cugel giró rápidamente y se acercó al edificio, echando a un lado todas sus habituales precauciones de vigilancia y de echar primero un vistazo por las ventanas tras divisar dos formas blancas al borde del bosque, que retrocedieron rápidamente a las sombras cuando se volvió para mirar.

Avanzó directamente hacia la puerta y tiró con energía de la cadena de la campanilla. Desde dentro llegó el sonido de un distante gong.

Transcurrió un momento. Cugel miró nervioso por encima del hombro y tiró de nuevo de la cadena. Finalmente oyó acercarse unos lentos pasos desde el interior.

La puerta se abrió ligeramente, y un hombre de rostro crispado, delgado, pálido y de hombros caídos miró por la rendija.

Cugel usó los tonos más suaves de la gentileza.

—¡Buenas tardes! ¿Puedo preguntar cómo se llama este antiguo y agradable lugar?

El viejo respondió sin la menor cordialidad:

—Señor, esto es Flutic, donde reside el Maestro Twango. ¿Qué se te ofrece?

—Nada fuera de lo normal —dijo Cugel alegremente—. Soy un viajero que parece que ha perdido su camino. En consecuencia, solicito la hospitalidad del Maestro Twango para esta noche, si es posible.

—Completamente imposible. ¿De qué dirección vienes?

—Del este.

—Entonces sigue el camino y cruza el bosque y la colina hasta Saskervoy. Encontrarás alojamiento acorde a tus necesidades en la Hospedería de las Lámparas Azules.

—Esto está demasiado lejos, y de todos modos los ladrones me han robado todo mi dinero.

—Encontrarás pocas comodidades aquí; el Maestro Twango dedica poca atención a los indigentes. —El viejo empezó a cerrar la puerta, pero Cugel puso el pie en la abertura.

—¡Espera! He visto dos formas blancas en el lindero del bosque, y no me atrevo a ir más lejos esta noche.

—Sobre esto puedo aconsejarte —dijo el viejo—. Esas criaturas son probablemente remerodeadores, o *calípedes hiperbóreos*, si prefieres ese término. Vuelve a la playa y métete tres metros en el agua; estarás a salvo de su avidez. Luego, mañana, podrás seguir tu camino a Saskervoy.

La puerta se cerró. Cugel miró ansiosamente por encima del hombro. A la entrada del jardín, donde una serie de grandes tejos flanqueaban el camino, entrevió un par de inmóviles figuras blancas. Se volvió hacia la puerta y tiró fuertemente de la cadena de la campanilla.

Los lentos pasos volvieron a sonar sobre el suelo, y la puerta se abrió de nuevo. El viejo miró al exterior.

—¿Señor?

—¡Los ghouls están ahora en el jardín! ¡Bloquean el camino a la playa!

El viejo abrió la boca para hablar, luego parpadeó cuando una nueva idea penetró en su mente. Incluyó la cabeza hacia un lado y dijo con astucia.

—¿No tienes fondos?

—Ni siquiera una moneda.

—Bien, entonces, ¿estás dispuesto a trabajar?

—¡Por supuesto, si sobrevivo a esta noche!

—En ese caso, estás de suerte. El Maestro Twango puede ofrecer empleo a un trabajador voluntarioso. —El viejo



acabó de abrir la puerta, y Cugel entró agradecido en el edificio.

Con un floreo casi exuberante, el viejo cerró la puerta.

—Ven, te llevaré al Maestro Twango para que discutas con él los términos de tu empleo. ¿Cómo quieres ser anunciado?

—Me llamo Cugel.

—Así, pues. Te gustarán las oportunidades. ¿Vienes? ¡Aquí en Flutic somos activos!

Pese a todo, Cugel retuvo el paso.

—Dime algo acerca del empleo. Al fin y al cabo, soy una persona de calidad, y no meto la mano sobre cualquier cosa.

—¡No temas! El Maestro Twango te concederá todas las distinciones que quieras. ¡Ah, Cugel, serás un hombre feliz! ¡Oh, si yo fuera joven de nuevo! Por aquí, por favor.

Cugel siguió en su sitio.

—Primero lo primero. Estoy cansado y mi aspecto no es demasiado bueno a causa del viaje. Antes de conferenciar con el Maestro Twango me gustaría beber algo y quizá dar un par o tres bocados. De hecho, podríamos esperar hasta mañana por la mañana: así le haré mucha mejor impresión.

El viejo meditó.

—En Flutic todo es exacto, y cada cosa se equilibra con otra. ¿A qué cuenta cargar lo que comas y bebas? ¿A la de Gark? ¿A la de Gookin? ¿A la del propio Maestro Twango? Absurdo. Inevitablemente, la consumición deberá ser cargada a la cuenta de Weamish, es decir, yo. ¡Nunca! Mi cuenta está limpia, y tengo intención de que siga estándolo porque pronto voy a retirarme.

—No comprendo nada de esto —gruñó Cugel.

—¡Oh, lo entenderás! Ahora vamos a ver a Twango.

Cugel siguió de mala gana a Weamish hasta una estancia llena de estanterías y alacenas: un almacén de curiosidades, a juzgar por los artículos a la vista.

—¡Espera aquí un momentito! —dijo Weamish, y salió de la habitación cojeando sobre sus largas piernas.

Cugel miró aquí y allá, inspeccionando las curiosidades y estimando su valor. Era extraño hallar tales objetos en un lugar tan remoto. Se inclinó para examinar un par de grotescas formas cuasi humanas talladas con extremado detalle. Un gran despliegue de habilidad artesana, pensó.

Weamish regresó.

—Twango te verá dentro de un momento. Mientras tanto, te ofrece para tu personal regalo esta copa de té de verbena, junto con estas dos galletas nutritivas, sin ningún cargo.

Cugel bebió el té y devoró las galletas.

—Este acto de hospitalidad de Twango, aunque simbólico, habla mucho en su favor. —Señaló las alacenas—. ¿Todo esto es la colección personal de Twango?

—Así es. Antes de su actual ocupación, trataba ampliamente con estos artículos.

—Sus gustos son extraños, me atrevería a decir incluso peculiares.

Weamish alzó sus blancas cejas.

—Al respecto no puedo decir nada. Todo esto me parece completamente normal.

—En absoluto —dijo Cugel. Señaló el par de grotescas figuras—. Por ejemplo, raras veces he visto objetos tan estudiadamente repulsivos como este par de bibelots. ¡Están muy bien hechos, de acuerdo! ¡Observa el detalle con que están modeladas estas horribles orejitas! Los hocicos, las garras: ¡su malignidad es casi real! Pero pese a todos, son el trabajo innegable de una imaginación enferma.

Los objetos retrocedieron y se irguieron. Uno de ellos dijo con voz rasposa:

—Sin duda Cugel tiene buenas razones para pronunciar esas poco amables palabras; sin embargo, ni Gark ni yo podemos tomarlas a la ligera.

El otro dijo:

—¡Tales observaciones merecen una reparación! Cugel tiene una lengua irresponsable. —Ambos salieron a saltos de la habitación.

Weamish dijo con tono de reproche:

—Has ofendido a Gark y a Gookin, que vinieron únicamente para custodiar las cosas de valor de Twango del pillaje. Pero lo que está hecho está hecho. Vamos a ver al Maestro Twango.

Weamish llevó a Cugel a una amplia sala de trabajo, amueblada con una docena de mesas donde se apilaban libros, cajas y utensilios diversos. Gark y Gookin, con elegantes gorros de pico, rojo y azul respectivamente, miraron a Cugel con ojos irritados desde un banco. Twango estaba sentado ante un enorme escritorio; era bajo y corpulento, con barbilla pequeña, boca fina y cabeza medio calva, rodeada por una coronilla de relucientes rizos negros. De su mentón colgaba una excéntrica perilla.

A la entrada de Cugel y Weamish, Twango hizo girar su silla.

—¡Ajá, Weamish! Este caballero, me han dicho, es Cugel. ¡Bienvenido a Flutic, Cugel!

Cugel se sacó el sombrero e hizo una reverencia.

—Señor, me siento agradecido por vuestra hospitalidad en esta oscura noche.

Twango arregló los papeles de su escritorio y examinó a Cugel con el rabillo del ojo. Señaló una silla.

—Siéntate, si quieres. Weamish me dice que te sientes inclinado a aceptar un empleo, bajo ciertas condiciones.

Cugel asintió cortésmente.

—Me sentiré complacido de tomar en consideración cualquier puesto para el que me sienta cualificado, y que ofrezca una compensación apropiada.

—¡Así es! —dijo Weamish desde un lado—. En Flutic las condiciones son siempre óptimas, y en el peor de los casos meticulosas.

Twango tosió y dejó escapar una risita.

—¡Mi viejo y querido Weamish! ¡La nuestra ha sido una larga asociación! Pero ahora nuestras cuentas están saldadas y quiere retirarse. ¿Estoy en lo cierto en esto, Weamish?

—¡Lo estáis, hasta la última sílaba!

Cugel hizo una delicada sugerencia:

—Quizá deseéis describir los distintos niveles de empleo disponibles y sus requisitos correspondientes. Así, tras su análisis, podré indicaros de la manera que creo poder servirlos mejor.

—¡Una petición juiciosa! —exclamó Weamish—. ¡Bien pensado, Cugel! O estoy muy engañado, o medrarás en Flutic.

Twango ordenó de nuevo los papeles de su escritorio.

—Mi negocio, en base, es simple. Exhumo y restauro tesoros del pasado. Luego los perito, los embalo y los vendo a un agente en Saskervoy, el cual los envía a su último consignatario, que según tengo entendido es un prominente mago en Almerly. Si llevo a cabo cada una de las fases de la operación con mi mejor eficiencia (Weamish, con su espíritu burlón, ha utilizado la palabra «meticuloso»), a veces consigo extraer un pequeño beneficio.

—Conozco Almerly —dijo Cugel—. ¿Quién es el mago?

Twango rió suavemente.

—Soldinck, el agente, se niega a librar esa información, a fin de que yo no le venda directamente mis productos con el doble de beneficio. Pero a través de otras fuentes he sabido que el consignatario es un tal luconu de Pergolo... ¿Decías algo, Cugel?

Cugel se palpó sonriente el estómago.

—Sólo un eructo. Normalmente, a esta hora, suelo cenar. ¿Vos no lo hacéis? Podríamos proseguir nuestra conversación sobre algunos platos de comida.

—Todo a su tiempo —dijo Twango—. Ahora sigamos. Weamish ha supervisado durante mucho tiempo mis opera-

ciones arqueológicas, y su puesto queda ahora vacante. ¿Te dice algo el nombre de «Sadlark»?

—Sinceramente, no.

—Entonces debo hacer una breve digresión. Durante las guerras de Cutz, en el Eón Dieciocho, el demonio Underherd interfirió con el sobremundo, de modo que Sadlark descendió para arreglar las cosas. Por oscuras razones, yo sospecho que fue por simple vértigo, Sadlark cayó al cenagal, creando un pozo que he descubierto en mi propio patio trasero. Las escamas de Sadlark se han conservado hasta hoy, y éstos son los tesoros que recupero del lodo.

—Sois afortunado de que el pozo esté tan cerca de vuestra residencia —dijo Cugel—. La eficiencia resulta así aumentada.

Twango intentó seguir el razonamiento de Cugel, luego abandonó el esfuerzo.

—Cierto. —Señaló a una mesa cercana—. Aquí hay una reconstrucción de Sadlark en miniatura.

Cugel fue a inspeccionar el modelo, que había sido formado pegando gran número de escamillas plateadas a una matriz de alambre también plateado. El liso tronco se apoyaba sobre un par de piernas cortas terminadas en membranas circulares. Sadlark carecía de cabeza; el torso se erguía liso hasta una especie de torreta en forma de proa, en medio de cuya parte central había una escama particularmente compleja con un nódulo rojo. Cuatro brazos colgaban de la parte superior del torso; no eran evidentes ni órganos de los sentidos ni aparato digestivo, y Cugel le señaló a Twango este hecho como algo curioso.

—Sí, sin duda lo es —dijo Twango—. Las cosas son diferentes en el sobremundo. Como el modelo, Sadlark estaba constituido por escamas sobre una matriz no de hilo de plata sino de trama de fuerza. Cuando Sadlark se sumergió en el lodo, la humedad anuló esa trama de fuerza; las escamas se dispersaron y Sadlark quedó desorganizado, lo cual es el equivalente a la muerte en el sobremundo.

—Una lástima —dijo Cugel, regresando a su asiento—. Su comportamiento parece que fue quijotesco desde un principio.

—Probablemente cierto —dijo Twango—. Sus motivos son difíciles de dilucidar. Ahora volvamos a nuestros propios asuntos: Weamish va a abandonar nuestro pequeño grupo, y su puesto como «supervisor de operaciones» queda libre. ¿Se halla este puesto dentro de tus capacidades?

—Creo que sí —dijo Cugel—. Las cosas valiosas que están enterradas siempre han despertado mi interés.

—Entonces el puesto te viene como un guante.

—¿Y mi estipendio?

—Será exactamente el de Weamish, pese a que Weamish ha sido un hábil y listo asociado durante muchos años. En tales casos, no hago favoritismos.

—En números redondos, entonces, ¿cuántos terces gana Weamish?

—Prefiero mantener estos asuntos en un plano confidencial —dijo Twango—, pero Weamish, o así creo al menos, me permitirá revelar que la última semana ganó casi trescientos terces, y la anterior más o menos lo mismo.

—¡Cierto, de la primera a la última palabra! —dijo Weamish.

Cugel se frotó la barbilla.

—Parece que este estipendio es adecuado a mis necesidades.

—Creo que sí —dijo Twango—. ¿Cuándo puedes asumir tus obligaciones?

Cugel se lo pensó sólo un momento.

—Inmediatamente, en lo que a cómputo de salario se refiere. De todos modos, desearía disponer de unos días para estudiar vuestra forma de trabajar. Supongo que podréis proporcionarme alojamiento y comida adecuados durante ese período.

—Todo ello es proporcionado a un coste nominal. — Twango se puso en pie—. Pero te tengo aquí hablando

cuando seguramente estarás cansado y tendrás hambre. Weamish, como última tarea oficial, te llevará al refectorio, donde podrás cenar lo que quieras. Luego podrás descansar en cualquier tipo de acomodo que creas adecuado para ti. Cugel, te doy la bienvenida en tu nuevo empleo. Por la mañana podremos dejar sentados los detalles de tu compensación.

—¡Ven! —exclamó Weamish—. Al refectorio. —Corrió cojeando hacia la puerta, donde se detuvo y miró hacia atrás—. ¡Vamos, ven, Cugel! ¡En Flutic no se remolonea nunca!

Cugel miró a Twango.

—¿Por qué está Weamish tan animado? ¿Y por qué no se remolonea nunca?

Twango agitó la cabeza con afectuoso regocijo.

—¡Weamish no tiene igual! No intentes emularlo; no espero hallar nunca a nadie como él.

—¡Vamos, Cugel! —llamó de nuevo Weamish—. ¿Debermos quedarnos aquí hasta que el sol se apague?

—Ahora voy, pero me niego a correr ciegamente por este corredor tan largo y oscuro.

—¡Entonces sígueme!

Cugel siguió a Weamish hasta el refectorio: un salón con mesas a un lado y un bufete lleno de viandas al otro. Había dos hombres sentados, cenando. El primero, una persona de complexión robusta y cuello de toro, con una gran masa de rizado pelo rubio y expresión taciturna, comía grandes habas con pan. El segundo, tan flaco como un lagarto, consumía una comida no menos austera, de legumbres estofadas con un trozo de cebolla cruda para darle sabor.

La atención de Cugel, sin embargo, se centró en el bufete. Se volvió maravillado a Weamish.

—¿Siempre proporciona Twango tal cantidad de exquisiteces?

—Sí, éste es normalmente el caso —respondió Weamish de forma desinteresada.